

Crítica de libros

ALFIERI, Francesco: *Die Rezeption Edith Steins. Internationale Edith-Stein-Bibliographie 1942-2012*. Echter Verlag, Würzburg, 2012. 615 pp.

Francesco Alfieri, franciscano del convento de Cristo Rey en Bari, es profesor en la Pontificia Universitas Lateranensis de Roma. Entre sus numerosas actividades, encontramos en sus dos últimos libros elementos muy importantes y útiles que nos ayudan a adentrarnos en la fascinante atmósfera que genera la persona de Edith Stein. Vemos, pues, cómo Francesco Alfieri en su primera obra, *La presencia de Duns Scoto en el pensamiento de Edith Stein; la cuestión de la individualidad* (Roma, 2010), realiza un exhaustivo análisis sobre los escritos del *Doctor Subtilis* respecto a la cuestión del principio de individualidad para converger en Edith. Tal análisis concretamente filológico ayuda a nuestro autor a establecer cuál es la última palabra o estadio maduro en el pensamiento de Scoto sobre la individualidad como punto de referencia a la *Ordinatio/Lectura* y a las *Quaestiones super libros Metaphysicorum* (Q. XIII). Alfieri centra el tema de su trabajo, ante todo, en la reconstrucción de las obras de Stein, siempre siguiendo el hilo conductor del problema de la individualidad para unir las convergencias con el pensamiento escotista. El autor trata de comprender cómo la posición tomista de la *materia signata quantitate* no es ya suficiente a los ojos de Stein al final de la comprensión del sentido profundo del único principio de individualidad y cómo la «singularidad», término acuñado por Angela Ales Bello, sirve para considerar mejor la esencia del ser humano no sólo desde el punto de vista metafísico, sino antropológico, buscando la ampliación del punto de vista fenomenológico a través de la metafísica medieval.

Por otro lado, después de sus ocho años de estancia en la escuela fenomenológica romana bajo la dirección de Angela Ales Bello, Alfieri, con su nueva publicación, *Die Rezeption Edith Steins; Internationale Edith-Stein-Bibliographie 1942-2012*, sorprende porque, a simple vista, el lector se encuentra con una gran lista de obras y autores. Comienza con los detalles de la primera edición alemana ESW (*Edith Steins Werke*) de los escritos stenianos y las diferentes traducciones de dichas ediciones. Luego vienen los tomos de la nueva edición de Edith ESGA (*Edith*

Stein Gesamtausgabe) y las traducciones correspondientes. En este último libro Alfieri ve la importancia de situarse en 1919 como punto de partida, que en su opinión se sitúa en la carta de recomendación de Husserl sobre Edith Stein. De este modo se amplía el espacio-tiempo considerado de la Bibliografía del 1942 al 2012. La literatura secundaria sobre la autora está presentada por orden cronológico y alfabético y numeradas sucesivamente. Francesco, en esta obra, toma aparte de las monografías sobre la autora y tomos de colección, también recensiones, para de este modo ofrecer información lo más completa posible sobre todas las publicaciones. Donde le ha parecido necesario, Francesco Alfieri ha añadido algunas aclaraciones o indicaciones adicionales y los ha puesto entre paréntesis. Con ello ha querido aportar algunas reflexiones personales que ha ido recogiendo durante los años de su trabajo de investigación de esos textos. En la introducción de esta reciente obra, textualmente escribe en alemán: «Me alegraría que el lector haya podido aprovecharse de mis reflexiones en sus investigaciones». Esto quiere decir que es un libro pensado para estudiosos e investigadores sobre Edith Stein. Comenta Alfieri que, cuando le ha sido posible, ha añadido los números ISSN y ISBN con el objetivo de facilitar la búsqueda de las obras. Finalmente, quiere agradecer a la Hermana Maria Amata Meyer por su gran trabajo de archivera y también a todos los hombres y mujeres que se han dedicado al estudio de Edith Stein y «a los que se dedicarán a él» (pp. 50-51).

Esta última obra de Francesco Alfieri es ideal para jóvenes investigadores y para los que ya no son tan jóvenes y siguen apasionados por la vida y obra de una mujer apasionante: Edith Stein.

M^a Carmen Cuesta Pérez

DOMINGO MORATALLA, Agustín: *El arte de cuidar. Atender, dialogar y responder*. RIALP, Madrid, 2013. 252 pp.

«Atender, dialogar y responder»: así reza el subtítulo de este trabajo de Agustín Domingo Moratalla, una obra consagrada a pensar el cuidado, concebido como un arte cuyos principales momentos son la atención, el diálogo y la responsabilidad, es decir, la apertura reverente hacia el prójimo, sobre todo cuando éste se encuentra en momentos de particular vulnerabilidad, cuando interpela desde su propia pequeñez. Aborda así el autor uno de los temas centrales de la Ética –y de la Bioética– actual, y uno de los más urgentes; todo un desafío para este joven siglo XXI y para un mundo donde triunfan los avances técnicos,

pero no los morales. El autor es bien consciente de que los hombres y mujeres de nuestro tiempo, en un mundo cada vez más técnico y especializado, han de velar por no olvidarse del deber primero de todo ser humano: el de atender a las solicitudes de su prójimo, y de forma especial cuando éste reclama compasión y muestra necesidades que precisan cuidados y dedicaciones concretos.

Esta obra queda enmarcada en una reflexión filosófica que en nuestros días va ganando en calidez, colaborando así al acrecentamiento lento pero firme de los valores morales y de un sentir que humanice, en medio de la preocupante frialdad que ha llegado a adquirir la racionalidad instrumental en el seno de la llamada modernidad. En los inicios del siglo XXI, por fortuna, se va abriendo paso una razón con algo más de entrañas, que no puede sino remitir a las pascalianas «razones del corazón», y que vuelve a tomar a la Ética por compañera, ante la necesidad que tiene nuestro mundo de tornarse más humano y acogedor, de recuperar el calor de la relación con el otro, en un reconocimiento integral de su persona. Este hacer, para ser verdadera tarea moral, ha de estar colmado de responsabilidad y compromisos, de atención y de escucha, y albergar una disposición interior y de conjunto para la búsqueda del bien, que es la misión por excelencia de la Ética y está ligada desde su hondón a la búsqueda de la verdad.

Desde una concepción de la vida como tarea y desde la urgencia de reavivar la Filosofía moral en el terreno del cuidado, consciente de que el señorío del hombre sobre la tierra debe terminar –por mera supervivencia– con la actitud agresiva de tiempos pasados, el autor se adentra en dos grandes tradiciones al emprender este trabajo de pensar sobre el cuidado: la que sigue la estela de Zubiri, a cargo sobre todo de Pedro Laín Entralgo (que en el libro se articula entre la «palabra», la «amistad» y la «enfermedad»), y la que a través de la hermenéutica continúa el camino de la fenomenología, tras los pasos de Paul Ricoeur. Esta última se centra en «la intencionalidad de la vida buena», en la «solicitud para con el otro», y en la instauración de «instituciones justas», deudas de una justicia abierta al perdón y a la misericordia. Aunque, en realidad, lo que aglutinan estas dos tradiciones es el hacer mismo de la ética de siempre, su misión de lograr que el hombre sea consciente de su libertad y su responsabilidad, haciéndole ver que tiene que poner los basamentos de este edificio, más cálido que robusto, pero bien consistente, que es la ética del cuidado, y que Agustín Domingo caracteriza así: «Los mimbres de una ética del cuidado para el siglo XXI necesitan un renovado compromiso con la razón, la argumentación y la deliberación pública. La calidad del cuidado y, sobre todo, su práctica en clave de responsabilidad, exigen entrenamiento, habilidades y aprendizajes permanentes» (p. 40).

Los dos grandes horizontes aludidos, y sobre todo la tradición hermenéutica, están presentes a lo largo de la obra, en cada apartado donde el autor aborda de manera más particular aspectos concretos del cuidar como son la libertad, como elemento nuclear de la ética, y las esclavitudes que a menudo nos salen al paso, así como la responsabilidad y el diálogo. Este último es central, y las páginas que le son dedicadas resultan interesantes y hermosas, además de rigurosas, pues se hacen cargo de todas las modalidades de diálogo, sin dejar de considerar la importancia de dialogar con la propia tradición cultural, tan puesta de relieve por Gadamer o el mismo Ricoeur, y a cuya ausencia irresponsable debemos tantas infidelidades y tantos errores que hoy nos pasan factura.

Esta Ética del cuidado presta también atención al *personalismo comunitario* de Mounier, donde es central la dimensión relacional o de esencial apertura de la persona. Y es que ser alguien para el otro no deja de ser el corazón mismo del arte de cuidar, porque significa abrirse a la entera realidad del prójimo, y también a su misterio, en actitud reverente y de disponibilidad total. Por eso cuidar es un arte que se realiza en el proceso mismo de descubrimiento del don de la propia libertad, don que se va conquistando responsablemente en cada apertura solicita a las llamadas de los demás.

Pero una obra que analiza la ética del cuidado y profundiza en esta categoría tan central en la reflexión moral de nuestros días no puede dejar de hacer referencia a la verdad. La tradición hermenéutica está presente de manera especial en este libro, que le dedica un capítulo y buena parte de los apartados de los demás. Agustín Domingo afirma contundente que un buen ejercicio de la responsabilidad arraiga en la búsqueda de la verdad, ligada a la tarea de vivir persiguiendo la vida buena. «Estamos convencidos –escribe– de que cuando educamos en la verdad abrimos caminos para la responsabilidad» (p. 138). Y se refiere con Václav Havel a la «osadía de vivir en la verdad», tan urgente en los tiempos que corren.

En los ocho capítulos que componen el libro hallamos uno dedicado a las éticas aplicadas, que hoy cobran mucha importancia frente a la ética filosófica, general, o como gusta decir el autor tomando la expresión del profesor Hortal, «ética, sin más». El desencantamiento que en un principio sufrieron estas éticas *con apellido*, se reviste hoy con un reencantamiento que en ningún caso tendría que consistir en la aplicación de recetas, pues no hay dos seres humanos iguales ni dos situaciones vitales similares. Se trata de devolver a la ética el grosor de sus cuestionamientos de siempre, a la luz de autores ya clásicos como Gadamer o Ricoeur, que desfilan por estas páginas junto a Hans Jonas, Charles Taylor o Alasdair MacIntyre, entre muchos otros.

El tema de la mediación como una de las aplicaciones del diálogo también merece su sección en la última parte del trabajo, que lleva por título «Aplicarse en el cuidado». Esta sección consta de tres capítulos, dedicados respectivamente a la mediación y la interdisciplinariedad, al diálogo y a la amistad, esta última como ejercicio verdaderamente creativo y profundo del arte de cuidar, que escapa del campo de la bioética, pero abarca, sin embargo, cualquier vida humana, en esa dimensión maravillosa y profundamente humanizadora que es la amistad.

Pero es sobre todo la bioética la que se va a beneficiar de estas aplicaciones del cuidar, especialmente en el ejercicio de fundamentación, donde ha de verse ayudada por la Filosofía moral o Ética, además de otras disciplinas que le sirven de apoyo, por su propio carácter interdisciplinar. Tal esfuerzo de fundamentación será el que evite caer en nuevos moralismos, para venir a centrar su hacer en la reflexión argumentada y respaldada por una tradición de muchos siglos, ante los nuevos retos que hoy se le presentan.

El libro que presentamos es, pues, un trabajo riguroso y fecundo de reflexión y fundamentación, de lectura amena y bien ordenada, donde el lector hallará un diálogo constante entre fenomenología, hermenéutica y personalismo comunitario, con vistas a ofrecer una ética del cuidado centrada en la escucha del otro, el diálogo con él y un verdadero compromiso con su persona, que implica ante todo una gran responsabilidad, dado el carácter sagrado de todo ser humano. Cuidar se transforma así no sólo en arte, por la pericia que su práctica y su vivencia acarrearán, sino también en una manera de vivir colmada de atención a los demás y a uno mismo, que es el verdadero arte y el auténtico saber hacer en la vida. Hasta el punto de que la propia vocación de quien cuida se descubre y realiza en el ejercicio mismo de cuidar, por medio de un cuidado que el autor califica de «personal, personizante y personificador, planteado desde la condición y constitución dialógica de la vida humana» (p. 18).

Carmen Herrando

UNAMUNO, Miguel de: *Mi confesión*. Edición y estudio de Alicia Villar. Sígueme, Salamanca, 2011. 142 pp.

Dice Don Miguel de Unamuno: «Pienso en voz alta, cierto es, y doy todo lo que pienso, vacío en mis libros, notas y apuntes tomados acá y allá». Es el pensador vasco un autor de entrega fervorosa y amplia producción, por necesidad íntima y por requerimientos externos, que de todos sabe y

con todos habla, discute, propone y dispone. Toda una figura de su tiempo, pero también del nuestro, pues muchas de sus enseñanzas pueden aplicarse bien a nuestras preguntas actuales. Pero su figura, lejos de verse con la claridad con la que muchos presentan el pensamiento unamuniano como ya sabido y superado, aún tiene muchas oscuridades que son de justicia sacar a la luz. Su talante contradictorio, la variedad de los temas que trató y las diferentes perspectivas, siempre profundamente personales, y en ocasiones agónicas, hacen que Unamuno siempre pueda ser revisitado y visitado por primera vez. Este es el caso de este escrito, *Mi confesión*, inédito recuperado por la Dra. Alicia Villar y trabajado en este volumen pronto conocerá la segunda edición que cuenta, además de con una transcripción del mismo, con un estudio de la editora y una colección de 20 cartas, 19 de Unamuno y una dirigida a él, que nos sitúan en su contexto y contestan a las preguntas que el texto citado deja abiertas.

Esta confesión, fechada antes de septiembre de 1904, se encontró en un manuscrito que consta de diecinueve folios numerados y escritos por las dos caras, salvo la última. Tras una introducción, el texto se subdivide en partes de desigual proporción marcando con unas líneas horizontales los cambios de tema, marcas del propio Unamuno. Sólo se da especial entidad a un apartado que titula «Verdad y vida», parte final de un texto que queda inconcluso. Alicia Villar ha respetado, aunque a pie de página para facilitar la lectura, las correcciones y adiciones de Unamuno.

Mi confesión como un escrito apasionado, un «vaciado» más, un verterse del vasco en la tinta y el papel recorriendo las claves de su vida y su filosofía. Digo que es uno más porque los temas principales que aquí se tocan son gérmenes de los más extensos desarrollos posteriores en *Vida de Don Quijote y Sancho* y *Del sentimiento trágico de la vida*, de tal manera que el conocedor de su obra no encontrará aquí casi nada que no haya leído ya de Unamuno. Hay acercamientos al tema del erostratismo, críticas al intelectualismo, su visión de la religión, su retrato de don Quijote y, ante todo, la pelea entre el vivir y la nada, la razón y el sentimiento, la llamada al vivir la vida con pasión, «Vivir como si todo fuera nuevo, poner en todo lo que se emprenda alma [...] La labor más grande es siempre la del momento: la eternidad se llama ahora y el infinito aquí».

¿Cuál es entonces la valía del texto? A mi juicio es, sin menosprecio al contenido, la forma: la confesión. Ésta tendría tres claves: la necesidad, la sinceridad y la decisión. La necesidad porque es palpable la necesidad de ser escuchado, de ser en los demás, aspecto profundamente unamuniano, especialmente en este caso por los que sitúa como interlocutores: los jóvenes hispanos. Sí se percibe cierta urgencia de clarificación y desarrollo y reafirmación de sus ideas en un momento vital convulso, en primer lugar por estar ya cercano a unos cuarenta años en los que ve alejarse su juventud y porque, como señala la autora, «Fue por estas fechas cuando don

Miguel, cansado de la campaña para su destitución, comenzó a pensar en irse a Argentina, donde era conocido desde 1899 por sus colaboraciones habituales en el diario *La Nación*. La segunda clave sería la sinceridad porque en la confesión todo está dispuesto sin criba, en una entrega y un desbordamiento respecto al que no niega la contradicción y la lucha personal que le suponen. Está escrita desde una rendición a la «voz imperativa de mis entrañas», de tal manera que su modo de actuar queda definido así: «me vierto y me prodigo, seguro de que enriquece más el dar que no el recibir», y se puede ver en todos los aspectos tratados. Y por último, la decisión. Se puede apreciar que es una confesión decidida, de quien escribe lo que tiene que escribir, de quien sabe que aunque sea camino difícil –y no hay más que leer sus cartas para reconocer que en esos años vivía un caminar complicado– es el camino a seguir y se pronuncia con absoluta confianza: «Pienso en voz alta y escribo luego cuanto pienso, con todo y no ser todo lo pensado digno de la publicidad».

La tercera razón por la que este escrito merece ser tenido en cuenta es la edición misma. Ya decía Unamuno que para conocer la filosofía había que conocer al autor de carne y hueso que tenía detrás. Pues bien, la Dra. Villar nos expone, con una cuidada selección de cartas y a través de su estudio, todos los avatares de la redacción de este escrito: por qué habla de lo que habla, por qué esa perspectiva, por qué el estar inconcluso. Ilumina aquellas cuestiones que podrían dejarse en segundo plano y que luego resultan esenciales no sólo para entender este texto que nos ocupa, sino también la trayectoria vital y profesional de Unamuno en estos años –1902-1904– y los venideros. Las epístolas están dirigidas a diferentes personalidades del momento: Federico Urales, Manuel Ugarte, Leopoldo Gutiérrez Abascal, Pedro Jiménez de Ilundáin, Andrés Bellogín, Bernardo G. de Candamo, Cipriano de Castro, Salvador Padilla, José Ortega Munilla, Juan Maragall, el Obispo de Salamanca, Pedro Múgica, José Enrique Rodó, Guillermo C. Morris y Luis de Zulueta. Sólo una al propio Unamuno, escrita por el Obispo de Salamanca. Es fundamentalmente a través de ellas donde justifica todo el análisis Alicia Villar.

En definitiva, la publicación de este inédito, además de ser razón de profunda alegría para los interesados en la obra y la persona de su autor, es una oportunidad excelente para descubrir un aspecto más de este poliédrico autor y para constatar que, en contra de lo que parezca y por muchos unamunólogos que aparezcan, aún queda mucho por aclarar y descubrir en la figura de Don Miguel de Unamuno. Y a mi juicio, aún queda un paso más grande y más importante: aplicar sus enseñanzas, muchas de ellas de gran valía en el momento actual, y hacer, como él quería, que viva con y en nosotros.

MERINO, José Antonio: *El silencio de Dios y la rebelión del hombre. Filosofía, ciencia y religión*. Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2011. 103 pp.

El modo de plantear la relación –no pocas veces tensa y dramática– entre la cultura, la filosofía, la ciencia y la fe, es expresión del concepto de la existencia humana que uno tiene. El libro que ahora presentamos aborda precisamente una de esas cuestiones ineludibles para el hombre, porque tocan lo más profundo de su existencia: la experiencia religiosa; y lo hace de un modo bastante asequible, incluso para un lector poco familiarizado con las cuestiones filosóficas. Ya sea concebida como mera posibilidad, ya como realidad incuestionable, lo cierto es que nos encontramos a menudo con la tensión que se produce en lo íntimo de la persona humana entre la aceptación y el rechazo de su dimensión religiosa, entre una vivencia de la religión como liberación o como alienación. Ya en la Introducción («¿Eclipse, exilio o silencio de Dios?») se nos plantean las claves del problema: una creciente negación y ataque de la idea de Dios, que desemboca en numerosas ocasiones en perfecta idolatría, convive en nuestros días con una renovada confesión de fe en su nombre.

El capítulo primero («Presupuestos culturales del ateísmo») muestra, de modo breve y sencillo, los diversos rostros del ateísmo contemporáneo, las ideas básicas de aquellos pensadores que han propuesto una liberación radical del hombre respecto a toda dependencia de la idea de Dios y de cualquier vínculo con la religión: desde Voltaire a Karl Marx, pasando por Rousseau y Proudhon, Bauer, Stirner y Feuerbach, el libro presenta lo central de sus teorías, y los considera como «inspiradores y referentes de tantos escritores ateos actuales» (p. 21).

En el capítulo segundo («Dostoievski o la rebelión frente a Dios») analiza las principales cuestiones del pensamiento del mencionado escritor ruso: una obra rica en ideas filosóficas y teológicas. La tragedia de la libertad humana se pone de manifiesto en el «balanceo cómplice entre el bien y el mal» (p. 27). Si sus personajes resultan siempre actuales es por ser más bien ideas personificadas de alcance universal, en las que se recogen, de manera dramática, las experiencias más profundas de la existencia humana: la lucha entre el bien y el mal, el poder de la libertad y el problema de Dios, etc.

El tercer capítulo («Nietzsche o el tormento de Dios») centra la reflexión en el intento ateo de Nietzsche, «una especie de santo padre laico al que se le escucha como un profeta inspirado por el dios Dionisos» (p. 48) que pasa por dar muerte al Dios de la trascendencia para divinizar, al final, la immanencia de la existencia humana, haciendo de la voluntad de poder la esencia última del nuevo hombre, del superhombre. Es a

este hombre –creador heroico– a quien se debe, en última instancia, la huida de Dios o el desamparo en que ha sometido a lo divino: el superhombre ha de ocupar el puesto de Dios.

La transmutación de valores y el nihilismo al que conduce, entre otras cosas, la filosofía nietzscheana expuesta en el capítulo anterior, es analizada en el capítulo cuarto («Nihilismo y trasfondo religioso»). Esta negación de principios fundamentales metafísicos, morales y religiosos que se desprende de la filosofía de Nietzsche es, ciertamente, un fenómeno complejo que ha encontrado numerosos intérpretes, entre los que el autor destaca a Jaspers, Jünger y Heidegger. Con todo, en medio de esta situación de crisis global y de vacío de sentido, de transgresión y oscuridad –que afecta no sólo al individuo, sino también al conjunto de la sociedad–, resulta imposible eludir la pregunta por un nuevo amanecer («La experiencia de la cotidianidad nos demuestra que aún seguimos en la oscuridad, pues de hecho vivimos *en la medianoche de la noche* en espera de otra canción más solar», p. 76).

El capítulo quinto («El Dios de los científicos») recoge brevemente la postura de algunos científicos, de renombre mundial, ante el problema de Dios. Y lo hace insistiendo en la necesidad imperiosa de que se respeten y clarifiquen los ámbitos y competencias de la ciencia, de la filosofía y de la teología, respectivamente. Si la ciencia positiva de Copérnico, Kepler y, sobre todo, de Newton reconoce necesariamente la existencia de un Dios supremo y omnipresente, el determinismo absoluto y su consiguiente materialismo declarado –al que aquella ha dado lugar– la han rechazado. Urge que más allá de posturas de enfrentamiento y rechazo, más propias de ciertos prejuicios decimonónicos, recuperemos hoy, en nombre del verdadero espíritu humano, una auténtica y profunda complementariedad creadora de estos saberes, sin obviar por ello sus diferencias específicas (p. 87). La obra de F. S. Collins, a la que el autor del libro apunta, nos conduce en esta dirección.

Comenzando por la distinción entre «idea» y «creencia», el último capítulo del libro («Dios, ¿abismo o cima del hombre?») nos ayuda a reflexionar directamente sobre la cuestión de Dios, estrechamente vinculada con la cuestión del hombre. Si para Zubiri el hecho de Dios consiste en un problema existencial del hombre, que afecta a la misma realidad estructural de la persona humana –ser radicalmente religado y vinculado con ese ser superior, llamado Dios– (p. 91), para M. Scheler la conciencia que el hombre tiene de sí mismo y la que tiene de Dios responden a un proyecto unitario y creador. Desde su perspectiva específica, V. Frankl hace de lo inconsciente el lugar propio de lo espiritual, y así nos habla de la presencia ignorada de Dios, de su presencia en el inconsciente humano: detrás del super-yo del hombre, afirma el de Viena, no

está el yo de un superhombre, sino el Tú de Dios (p. 95). De este modo, el inconsciente espiritual queda abierto a la trascendencia divina.

Este pequeño libro concluye sus páginas presentando el rostro de un Dios humanado, en Jesús de Nazaret, como aquél que únicamente puede conducir a su cumplimiento las máximas aspiraciones humanas: «Desde esta humanidad de la divinidad se logrará la divinidad de la humanidad» (p. 103). El ateísmo ha de ser estudiado en profundidad filosófica, y no simplemente reforzado desde los más diversos prejuicios acerca de la religión y sus posibles desviaciones históricas: es a la filosofía, más aún, a su dimensión metafísica, a quien compete argumentar sobre la estructura ontológica del ser humano para descubrir si pertenece a ella, o no, su dimensión religiosa, su conciencia del misterio, en fin, su apertura a la trascendencia. Pero también le compete a la filosofía, es decir, a ese ejercicio de la razón riguroso y serio en busca de la verdad, fundamentar la adhesión creyente que ha definido a tantos hombres a lo largo de la historia: no basta el refugio en la herencia recibida ni apostar por una confesión exclusiva de la fe.

Dada la naturaleza del libro que presentamos, así como su extensión, todos estos problemas son enunciados pero quizá no examinados en profundidad: se presenta la cuestión religiosa en su problematicidad, se recuerdan algunos de los planteamientos más conocidos contra Dios y sus trágicas consecuencias, se recoge el testimonio de algunos científicos que han defendido o rechazado la religión, y se apunta a una metafísica de la persona cuya interioridad no excluye, antes bien reclama una apertura «trascendentemente» religiosa. Puede que el mérito mayor del ensayo resida precisamente en esta sencilla exposición de algunas de las posturas más representativas, así como en el planteamiento de los interrogantes a que da lugar. Se señalan dilemas y se apuntan problemas, pero queda –y esta será tarea del lector, una vez terminada esta lectura– un estudio más profundo de cada uno de ellos.

Juan Carlos García Jarama